

otra parte, pensarlo así? ¿Acaso eran rubios sus padres? Y muchas veces correría descalzo por el campo. Tal vez en otras ocasiones llevaría albornos. Los calzones le crubrirían seguramente las rodillas. En verano iría en camisa. En invierno, más que con jubón o esclavina, se abrigaría con una buena zamarra. Cuando saliese a pastorear llevaría, en bandolera, su zurrón. Y un cayado tan alto casi como él. ¿Viendo los niños de toda la pintura española más o menos coetánea de Cervantes no podríamos todavía con más fidelidad reconstruir la figura de Sanchico? Leyendo y releendo aquel bello romance de Góngora en el que un niño, dirigiéndose a su hermana Marica, le habla de las diversiones que tendrán al día siguiente, ¿no podríamos reconstruir los juegos del hijo de Sancho? ¿Jugaría éste a la taba? ¿Imitaría con otros niños de Argamasilla los juegos de caña? ¿Contenderían en grupos de moros y cristianos? ¿Tendría su caballo de cartón? ¿Tiraría a la barra, imitando a los mayores? ¿Jugaría al toro? ¿Remontaría la birlocha?

Sanchico, ante la ausencia de su padre asumiría, en nuestra opinión, las labores del campo, en las que, sin duda, ya estaría entrenado. Bien en alguna haza familiar o en la heredad de algún señor del pueblo. Las mulas, la esteva, la besana, la simiente, la siega, la trilla, las colmenas, el aprisco serían probablemente sus ocupaciones. Escaso tiempo, un colorín, un gorrión, sobre todo en primavera, le darían temas más que suficientes para el recreo de su alma infantil. Las parsimoniosas hormigas, los raudos murciélagos y milanos, los saltamontes y las luciérnagas, ¿no serían distracciones que le ofreciese pródiga la Creación? ¿No fabricaría él, con palitos y cañitas, sus propios juguetes, sus flautas, sus pitos y hasta sus diminutos molinos de viento? Sumergido en todas estas cosas, y en su adelantado quehacer de labriego, ¿no le sonaría a algo raro y extravagante lo de darle estudios o lo de llevarle a la Insula -vestido "como un palmito"- cuando su padre obtuviera el esperado gobierno? No nos pesa a nosotros que estas aspiraciones paternas no se cumplieran. Deploramos de todo corazón que Sanchico no aprendiese a leer, ya que por las palabras de Teresa Panza deducimos que en Argamasilla había escuela. Pero, en cuanto a lo demás, nos place en sumo grado que no fuese arrancado de su ambiente, de su medio rural. En ese ámbito lo concebimos hoy, vestido de continuidad y de sosiego, arrancando de la tierra, en dura y esforzada pelea, el sustento y la filosofía de buen color, como su propio rostro curtido de soles e intemperies.

La niñez más divina del "Quijote" es la de Sanchica. Su figura no es de segundo término, como la de su hermano. Mari-Sancha es personaje en escena y sin andadores, por su pié, recorre algunos capítulos de la obra, no de los menos interesantes. También otras veces, sin tener presencia viva, inmediata, nos es conocida, como su hermano, por las referencias de sus padres. Por tanto, la proyección que de Sanchica dejó Cervantes es mucho más completa que la de los demás niños del "Quijote" y aún todavía que al del mismo Sanchico, en verdad, está inacabada.

Hay una sentencia cervantina que el autor pone en boca de Teresa. Esta sentencia encaja totalmente en la manera de ser de Sanchica: "La doncella honesta el hacer algo es su fiesta". Los catorce años de Sanchica no pecan en un punto de inactividad. Sanchica es laboriosa, trabajadora, dispuesta, ejemplo duradero de hijas que ayudan a sus madres en las ocupaciones hogareñas. La ociosidad no halla acomodo en la pequeña vida de Sanchica. Así sabemos, por ejemplo, que: